La vinculación de lo femenino con la muerte, en la representación masculina

Liliana Fedullo

En este artículo se analiza cómo la mujer representa para la concepción masculina un elemento de conflicto, de lucha, por el hecho de ser diferente, "lo otro".

El modo que adopta el erotismo masculino y su relación con la muerte ha sido desarrollado por diversas pensadoras feministas desde Simone de Beauvoir, las cuales retoman el análisis sobre las significaciones que sobre ello proveen los relatos sobre las relaciones de género existentes en el patriarcado a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

La particular vinculación del mito femenino con la muerte descubre la contradicción entre la posesión y la pérdida. La mujer para el hombre dice Beauvoir "es todo lo que el no es y quiere tener, su negación y su razón de ser".[1] Mujeres que representan las parcas y las moiras, son las que tejen el destino humano, pero también son ellas quienes cortan sus hilos, la mujer es: madre, amante, muerte, caos del cual todo surge y todo acaba en la nada. El acto sexual, para el hombre, representa la conquista, poseer a una mujer, vencerla, pero ella escapa, como escapa a una posible definición. El hombre se abstrae, elabora, piensa su trascendencia, domina la naturaleza/mujer tratando de escapar a su límite vital —viril—. Pero no logra capturar ni a la mujer ni a la eternidad. La potencia tiene su límite en la impotencia.

En un interesante ensayo titulado *El tema de la elección de un cofrecillo*,[2] Freud define una tipología de la mujer que confirma lo expuesto a lo largo de su obra. En este ensayo trata los casos en que el hombre se ha visto enfrentado al dilema de elegir entre tres mujeres.[3] Para explicitarlo recurre a la literatura mítica, trayendo variados momentos en los cuales la elección recae sobre la tercera de las mujeres propuestas, "la más bella" de todas, que representa a "la muda figura de la muerte". Esta tercera figura femenina asegura Freud, luego de un meticuloso análisis literario psicoanalítico tomando contenidos más allá de lo manifiesto, es la muerte misma. En otras por el contrario, es la "Diosa del amor" comparable a Afrodita, en *El mercader de Venecia* la obra de Shakespeare, con la que comienza y por la que lleva como título su escrito; es una inteligente y bellísima mujer. Sus observaciones lo llevan a concluir que en todas las situaciones, de una u otra forma, la elección recae sobre la tercera de las mujeres, la muerte, "que nadie suele elegir de buen grado".

Freud agrega además que en la vida anímica se realizan sustituciones de elementos, por su contrario. Esto es, al saberse el hombre producto de la naturaleza y, por tanto, sometido a ella y a su ley inmutable —la muerte—, creó en su fantasía y en el mito a un sustituto de Moira, como la Diosa del Amor y sus figuras equiparables; así, la elección sustituye antitéticamente a la fatalidad.[4]

Tres son las relaciones con la mujer representada por Freud: la madre que da la vida, la esposa elegida a imagen de la madre, y la madre tierra que lo acoge en su seno.[5] "Nacido de la carne, —señala De Beauvoir—, el hombre se cumple como carne en el amor, y la carne está prometida a la tumba".[6] El hombre en Freud, se debate en su relación con la mujer entre un ella al servicio de la procreación, reproducción y un ella, de cuyos encantos queda cautivo, se pierde en el deseo, se enajena en el acto

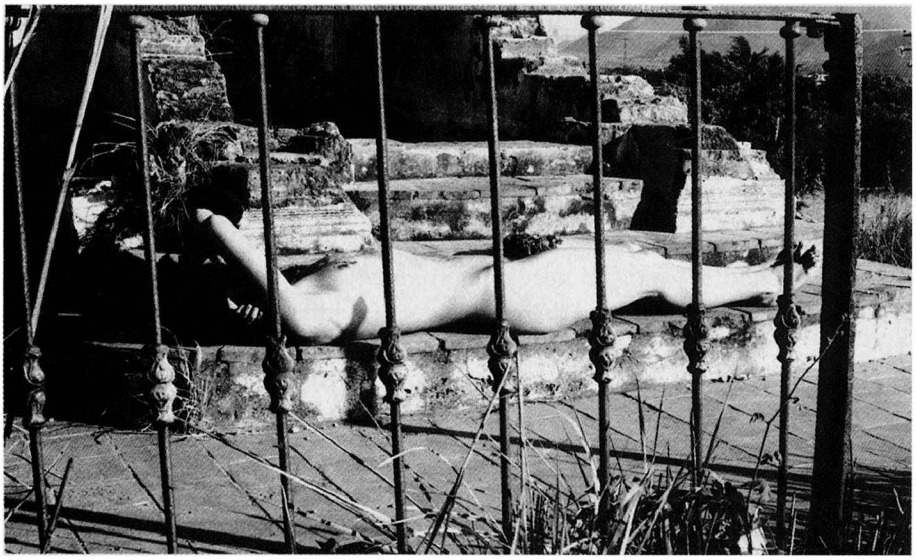
carnal y los placeres del sexo En este acto el hombre pierde su trascendencia, se sumerge en la inmanencia que le representa la mujer, no tiene proyectos, ni porvenir, ya no es un hombre responsable de sus actos. El deseo descontrola al sujeto abstracto, descarnado de la filosofía, del pensamiento. La naturaleza domina y en ese dominio el hombre se pierde, como pierde la vida. Esta angustia la somete, como a la naturaleza para ponerla a su servicio, dominando la diferencia sexual, a la mujer naturaleza, a la madre tierra, y también a la tormentosa y catastrófica naturaleza, con sus angustias siniestras de lo conocido que hay que dominar, se trata de lo que siempre se supo pero hay que ignorar por lo que emerge en lo siniestro, en ciertos momentos de parálisis del deseo angustia de lo más familiar vivir: "En el claustro materno como lugar de la indiferenciación originaria, deseo que ya no desea, en una palabra, la muerte".[7] ¿Qué es la anulación de todo deseo sino la muerte? ¿Y no es la muerte la impotencia ante lo incontrolable? Amor y muerte, sujeto sujetado a las vicisitudes del deseo, atrapado, seducido, devorado, castrado en su imposible dominio. Hay que disciplinar el deseo, dominar a la mujer y combatir a la muerte.

En el pensamiento hegeliano, esto se visualiza desde un yo que apela al reconocimiento, a la autoconciencia ciudadana para un individuo ético al servicio de la comunidad y el Estado. En cambio, la mujer sigue siendo el conflicto, la ironía. En su célebre capítulo VI sobre el desarrollo histórico del espíritu, en la obra denominada *Fenomenología del espíritu*[8] señala el valor de lo femenino tomando de Sófocles la parte de la tragedia que corresponde a Antígona, esta figura femenina elegida por el filósofo idealista alemán, es hermana y no esposa, lazos de sangre se unen a lo masculino, sin mezclas que sí la hay entre la esposa y el esposo.

La diferencia natural entre los sexos, asegura Hegel, adquiere sentido espiritual en tanto se manifiesta en la autoconciencia social e individual. "En esta distribución razonada de papeles en la cultura, nos dice Nelly Schnaith, a la mujer le toca ser guardiana de la singularidad de la familia, frente a los fines universales del Estado. Para ello pasa a representar la ley divina, la ley de los Penates, panteón de las divinidades familiares, protectoras del hogar, frente a la ley humana".[9]

La figura femenina en Hegel simboliza el suelo subterráneo e inconsciente a partir del cual emerge la faz terrena del Espíritu, su realización objetiva es cumplida por las acciones masculinas, éste representa la individualidad en la que reside el valor universal del Espíritu consciente de sí. La diferencia sexual se plantea en forma de oposición, la singularidad natural, no racional aún, de las divinidades familiares subterráneas y oscuras, frente a lo universal humano, de la razón, de la luz y el espíritu, de cuyo movimiento contrapuesto emerge a la luz terrenal la conciencia individual ética ciudadana del Espíritu consciente. "Movimiento del dos en que sólo Uno emerge a la superficie siendo un otro sin esa otra de la diferencia" señala Luce Irigaray.[10]

Es Antígona, la hermana, quien por "la misma sangre" le alcanza al hermano su quietud. El devolverlo a la tierra, a la madre naturaleza, es parte de la cultura, lo contrario lo mantendría en la impura naturaleza, arrebatado por perros o pájaros, su carne despedazada no pertenecería a lo humano. La mediación necesaria del para sí, dice Celia Amorós:[11] "Ante la inmediatez del ser en sí natural. La trascendencia de los actos y de la vida incorporado a la conciencia y el para sí, quedara degradada para siempre a la naturaleza al estatuto del en sí [...]" Sólo en cuanto hermana es la mujer sujeto dando su máximo ser para sí, enterrando a su hermano Polinices y con ello a su propia muerte, sepultada viva en su ética.[12]



Es aquel poder que vale debajo y no sobre la tierra el que se convierte en fuerza hostil, destruyendo la comunidad que ha deshonrado y quebrantado su fuerza, en "la piedad familiar"; por lo tanto, la ley humana, en su ser allí universal



y la comunidad en su actuación "en general la virilidad" mantiene en Creonte la actuación del "Real gobierno" dice Hegel: "Es, se mueve y se mantiene devorando en sí la particularización de los Penates o la singularización independiente en la familia, presididas por la feminidad, para disolverlas en la continuidad de su fluidez [...]". Pero es, esta familia, a la vez su fundamento universal que imprime la conciencia singular. La comunidad subsiste solamente quebrantando la dicha familiar, la autoconciencia se diluye en la autoconciencia universal, se crea a partir de la opresión esencial a la vez, en la feminidad, "[...] es la feminidad —la eterna ironía de la comunidad— la que altera por medio de la intriga el fin universal del gobierno en un fin privado, transforma su actividad universal en una obra de este individuo determinado e invierte la propiedad universal del Estado, haciendo de ella el patrimonio y el oropel de la familia [...]"

Para Hegel, el hombre se encuentra "buscando el placer del goce de su singularidad [...] en la familia, y la necesidad en la que desaparece el placer es su propia autoconciencia como ciudadano de su pueblo [...] es la virtud, que goza de los frutos de su sacrificio", coincidencia freudiana del malestar en la cultura. Es entonces el eterno movimiento negativo, "la necesidad que devora en la sima de su simplicidad tanto a la ley divina como a la ley humana [...]", ¿la muerte? Contra la que lucha el ser en su trascendencia, la madre tierra que tarde o temprano lo cobijará en su seno, lo devuelve a la naturaleza, y la belleza de la mujer que obstruye con su reclamo de placer las acciones culturales masculinas. El deseo se sacrifica, debe sacrificarse para el Uno-Masculino Universal. Pero el deseo insiste, y "el hombre debe matar a la muerte",[13] representa el héroe trágico, es motor de su creación, su vida, su Eros, y también de su muerte; su Tánato, que se representa en lo femenino.

Otra visión, la tenemos en el erotismo transgresivo propuesto por George Bataille en donde el erotismo, como fase superior de desarrollo cultural de la sexualidad, es "la aprobación de la vida hasta en la misma muerte".[14] El análisis realizado por Alicia Puleo[15] sobre este autor, refiere que para él mismo el sacrificio y la relación sexual tienen igual estructura, siendo su fin la superación de lo individual, mediante la destrucción de los límites, dando la continuidad del ser.

El erotismo está ligado al conocimiento de la muerte: "El hombre, a quien la conciencia de la muerte opone al animal, también se aleja de éste en la medida en que el erotismo sustituye el instinto ciego de los órganos por el juego voluntario, por el cálculo del placer [...]"[16] le resulta difícil aclarar la percepción distintiva entre el erotismo y la muerte, y en su intento manifiesta que el deseo exasperado no puede oponerse a la vida. El momento erótico es la cima de la vida cuya fuerza e intensidad se encuentra en el acoplamiento donde la voluptuosidad alcanza el delirio que va en sentido contrario al de la muerte que luego se consagrará en el silencio de la corrupción.[17]

Los límites se le antojan insoportables, nos dice Alicia Pauleo; lo negado, lo prohibido, se presenta como garantía de libertad. Es el vértigo de la trasgresión, lo que se define como el tercer momento en la dialéctica hegeliana; en cambio, para Bataille constituye la tendencia del sujeto hacia el abismo de la indiferenciación. Aquello que nos repugna nos atrae con la fuerza del horror. El goce que provoca el espectáculo de la destrucción. Aquello que

♦♦♦

nos resulta familiar, pero a la vez siniestro. Crea Bataille, ya no un objeto sexual, sino erótico, que es por excelencia, el desnudo femenino; este objeto para Bataille ha de ser inmóvil, presenta las características de lo muerto, ya que es la pasividad lo que atrae.

Este objeto no puede ser un *ser en* y *para sí,* sino *un ser para otro*. Tal sería la condición del deseo. Y el objeto por excelencia, para Bataille, sería la prostituta, un ser que ha perdido la característica fundamental de la persona de ser un fin *en sí;* la prostituta es un don y no una transacción comercial puesto que ninguna de las partes hará un uso productivo de lo que recibe, ni siquiera la mujer, la cual utilizará el dinero para comprar objetos de lujo, tales como joyas o vestidos que realcen su belleza. Se opone a ella la mujer que trabaja, que no puede ser objeto erótico porque la actividad endurece su rostro, y se opone también la cotidiana esposa y madre "en tanto cosa [...] y a pesar de los celos masculinos, una esposa es principalmente la mujer que tiene hijos y se ocupa de la casa: ella toma cuerpo bajo esta forma a la manera de un ladrillo o un mueble".[18] Separa la relación destinada a la reproducción y mantenimiento de la sociedad conyugal de un erotismo liberado de las miserias del mundo de la necesidad y considerado acto libre y soberano. La prostituta es el símbolo de la feminidad.

Hasta aquí, hemos destacado en el discurso freudiano las formas que la mujer adquiere a lo largo de la vida de un hombre, como destinos de los que resulta difícil escapar; el deseo insiste en su desafío, y la muerte lo espera al final del camino.

El discurso hegeliano representa la ética del ciudadano, su reconocimiento desde un *en sí,* hacia un *para sí,* en el cual el dominio de lo femenino, resulta una ironía en el juego de la dialéctica idealista.

Por el contrario, para el discurso de Bataille la trasgresión de los límites permite la ruptura con lo finito, sumergirse en lo infinito del deseo, dominar a la muerte y, en ese dominio, la prostituta resulta la figura adecuada.

En uno se camina sobre las vicisitudes de la pulsión, entre la vida y la muerte, entre el amor y odio. En otro más, sobre un yo consciente, configura al adecuado ciudadano; en cambio para el último, la muerte es el desafío que conduce a un erotismo sin límites, que lo aproxima a la posibilidad de un infinito.

En los tres, la lucha entre la vida y la muerte se descubre en lo femenino, en la figura conflictiva, cuyo dominio es la búsqueda permanente. Lo femenino, por su carácter indecible en el espacio del saber, resulta comparativamente irrepresentable desde el pensamiento falogocéntrico, como la misma muerte. La mujer, bella, muda, devoradora, es la mujer elegida y a la vez temida.

Entonces, en el abismo de la muerte y su finitud, el hombre representante de lo Humano se debate en el deseo que suscita la insistente figura de lo femenino, ya sea que entre como madre, como virgen o como puta, le significa el conflicto que hay que dominar, someter, como la naturaleza en relación con la cultura.

En tanto idea, la mujer no tiene existencia, sólo en relación con un pensamiento, un único modelo discursivo; la diferencia sexual se somete a una indiferencia, ella representa en este análisis, la muerte y la lucha contra ella, el deseo que insiste y tiene cara de ese oscuro objeto, que hay que dominar. Ya desde un inconsciente o un sujeto de razón ética o de una trasgresión erótica, ella no aparece más que como resultado de un sólo pensamiento: el masculino. Pero se escapa, no logra atraparla, ¿Cómo a la muerte? La define, pero no obtiene de ella más que una idea, para dar cuenta de un discurso en el cual sólo se define *por sí* y *para sí.* ♦

Notas

[1] Beauvoir S. *El segundo sexo*. Ed. Psique, trad. P. Palant 1954, p. 232.

[2] Freud, S. *El tema de la elección de un cofrecillo*. Tomo 10, LXXVI, obras completas, Ed. Orvis. Barcelona. Trad. Ballesteros y de Torres. Rev. L. L. Naumhauser Tognola, J.

[3] *El tema de la elección de un cofrecillo* ha sido trabajado por P. Assoun en la obra *Freud y la mujer*. Ed. Nueva Visión, 1994, pp.56 al 60, y por Nelly Schnaith en el artículo "La condición cultural de la diferencia", en: Lamas, Marta y F. Saal (comps.). *La bella (in)diferencia*. Ed. Siglo XXI, México, 1991.

[4] Freud S., *op. cit.*, pp. 1873-1874.

[5] Freud S., *op. cit.* p. 1875.

[6] Beauvoir S. *El segundo sexo*. Ed. Psique Trad. P. Palant 1954, p. 237.

[7] Braustein N. "Nada que sea más siniestro que el hombre", en: Braustein, N. (comp.). *A medio siglo de "El malestar en la cultura"*. Ed. Siglo XXI, México, 1991, p. 209.

[8] Hegel G. F. *Fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 269-275.

[9] Snanaith N. "Condición cultural de la diferencia", en: Lamas, Marta y F. Saal (comps.). *La bella (in)diferencia*. Siglo XXI, México: 1991.

[10] Irigaray L. *Amo a ti*. Bs. As. Ed. De la Flor. Trad. G. Goldstein.

[11] Amorós, C. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Ed. Anthropo, Madrid, 1985, p. 44.

[12] Amorós, C., *ídem*, p. 45.

[13] Braustein, N., *op. cit.*, p. 209.

[14] Bataille, G. *L'érotisme*. Ed. Du Minuit, París, 1957, p. 17, citado por Puleo A. en *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Ed. Cátedra, pp. 56 y 149-180.

[15] Puleo A. en *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Ed. Cátedra, 1992, p. 57.

[16] Bataille, G. *Las lágrimas de eros*. Ed. Signos CBA, 1968 Trad. A. Drazul, E. Terzaga y A. Paiva, p. 26.

[17] Bataille, G., *op. cit.*, p. 18.

[18] Bataille, G. "L'historire de l'érotisme. Anenexes" (euvres complètes, T. VIII), N.R.F. Gallimard, París, 1976, citado por Puleo A. en *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Ed. Cátedra, p. 171.

Bibliografía

Amoros, C. *Hacia una critica de la razón patriarcal*. Ed. Anthropos, Madrid, 1985.

Assoun, P. L. *Freud y la mujer*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1994. Trad. Betesh, P.

Bataille G. *Las lágrimas de Eros*. Ed. Signos CBA, 1968. Trad. A. Drazul, E. Terzaga y A. Paiva.

Bataille G. *El erotismo*. Ed. Tusquets, Barcelona, 1997. Trad. A. Vicens y M. Sarazin.

Bataille G. *Breve historia del erotismo*. Ed. Calden, Uruguay, 1970. Trad. A. Drazul.

Beauvoir, S. *El segundo sexo*. Ed. Psique, 1954. Trad. P. Palant.

Braunstein N. "Nada que sea más siniestro que el hombre", en: Braustein N. (comp.). *A medio siglo de "El malestar en la cultura"*. Siglo XXI, México, 1991.

Fraisse G. "La diferencia de los sexos, una diferencia histórica", en: Ménard M. David y Fraisse G. & Tort M. Trad. Goldstein. V. *El ejercicio del saber y la diferencia de los sexos*. Ed. La Flor, Buenos Aires, 1991.

Freud, S. *Introducción al narcisismo*. Tomo 11, LXXXVII.

—. *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. Tomo 11, XCIV.

—. *Lecciones introductorias al psicoanálisis*. Tomo 12, XCVII.

—. *El tabú de la virginidad*. Tomo 13, CIII.

—. *Compendio del psicoanálisis*. Tomo 19, CXCVI.

—. *Más allá del principio del placer*. Tomo 13, CX.

—. *El porvenir de una ilusión*. Tomo 17, CLIII.

—. *El malestar en la cultura*. Tomo 17, CLVIII.

—. *Sobre una degradación general de la vida erótica*. Tomo 9, LXVII.

—. *Tótem y tabú*. Tomo 9, LXXIV.

—. *El tema de la elección de un cofrecillo*. Tomo 10, LXXVI.

—. *Moisés y la religión monoteísta*. Tomo 19, CLXXXVI.

—. *Obras completas*. Ed. Orvis. Barcelona. Trad. Ballesteros y de Torres. Rev. L. L. Naumhauser Tognola, J.

Hegel, G. F. *Fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Irigaray L. *Amo a ti*. Ed. La Flor, Buenos Aires, 1994. Trad. Goldstein, V.

—. *Yo, tú, nosotras*. Ed. Cátedra, Madrid, 1992. Trad. Linares, P.

—. *Ese sexo que no es uno*. Ed. Saltes. Madrid, 1997. Trad. Peyrou, S. E.

—. *Speculum. Especulo de la otra mujer*. Editorial Saltés, Madrid, 1974.

Puleo A. *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Ed. Cátedra, Madrid, 1992.

Sófocles. *Siete tragedias*. Colección literaria universal. Editores Mexicanos Unidos S. A., México, 1981.

Schnaith, N. "La condición cultural de la diferencia", en: Lamas, M. y F. Saal (comps.). *La bella (in)diferencia*. Siglo XXI, México, 1991.

